



Semana Cómica

LIT. MIRALLES, UNION, 17.

DIRECTOR: J. FERNÁNDEZ DE LA REGUERA.

GALERIA DE BELLEZAS.—II.—POR ESCALER.



¿CUAL LE MANDARÉ?

Ayuntamiento de Madrid

UN HIJO MAS (1)



ra hermosa; no cabía dudarlo.

Cuando con su padre salía por esas calles de D os, mostrando su palmito esbelto y mirando á diestro y siniestro can aquellos ojos de sirena, se llevaba consigo los corazones de todos los hombres por merecer y aun de los que ya habían declarado perdidas las esperanzas.

Los admiradores eran muchos; los solitantes de una piecicita en las tertulias, innumerables; pero ninguno pasaba de estas modestas pretensiones. El ascenso á novio oficial nadie parecía desearlo.

Casimirita se desesperaba; y cuando, tras de un largo paseo ó de una concurrida *soirée*, volvía á casa sin haber oído una palabra que diera lugar á esperar futuro matrimonio, reñía á la criada, tiraba por el suelo las flores con que adornaba su pecho y hasta su idolatrado *Mimi*, el gato de la casa,

se llevaba algún capirotazo, como se pusiera al alcance de su joven ama.

—Pero mñjer, decía D. Abundio, calma tus iras, que todo tiene fin en este mundo y día llegará en que termine tu soltería y unas tu suerte á un hombre digno de tu posición.

Estas palabras consolaban un poco á Casimirita, quién por otra parte, tampoco se consideraba tan despreciable, que no hubiera un hombre capaz de llevarla á los altares.

Esta desgracia de que se dolía la pobre muchacha, no era sin embargo absoluta, y digo esto, porque como novios, le habían salido varios; pero ninguno, por su desgracia, ocupaba la posición que á su modo de ver correspondía á la hija de un general de brigada, como ella llamaba al cargo de brigadier que ocupaba su papá cuando estaba en activo.

Casimirita pasó toda su vida con cierto lujo: se vió rodeada de todo género de obsequios; gastó, sin preocuparse en saber de dónde salía, y consideraba preciso que el que fuera su marido dispusiese de los medios suficientes para que su método de vida no cambiase un ápice.

Aquí estaba, pues, la dificultad de que encontrara novio Casimirita, puesto que los hombres, al ver el boato de la niña, imaginaban todo un porvenir poco halagüeño y retrocedían en sus propósitos, si por acaso los hubiesen abrigado.

II

Pepito Tragaluces era un gnapo muchacho. En todos los salones le conocían; las damas aristocráticas le saludaban; la *high-life* le contaba en su seno,

los clubs de *sport* le nombraban como uno de sus más genuinos representantes.

Alto de cuerpo, corto de vista, trage á la inglesa, botas kilométricas, lentes de oro, una flor de jila en el ojal y sombrero de copa color de ceniza, formaban el conjunto de Tragaluces.

Casimirita hacía mucho tiempo que le amaba en secreto.

Tragaluces la amaba también, pero no se había atrevido á delararle su pasión, por mas que con los ojos le había dicho muchas veces que ella y sólo ella era el ángel de sus ensueños.

Todo tiene fin en este mundo y siguiendo esta ley ineludible, llegó un día en que Tragaluces se atrevió á hablar claro.

Estaban en la *soirée* de las de Pinto, damas muy conocidas en aquella época; bailabáse un rigodón y entre mueca y mueca, saludo y media vuelta, Tragaluces fué descorriendo el velo que ocultaba su corazón é infiltrando en el de Casimirita todo el placer que siente una mujer cuando vé que es correspondida.

¡Qué noche aquella!

Casimirita quiso asegurar el golpe, é insinuó la necesidad de que el mozo pasara á tratar con D. Abundio.

Tragaluces estaba aquella noche ébrio de placer y se sentía capaz de llevar á buen fin cualquier empresa. Así, no dudó un instante y encarándose con D. Abundio, le habló de sus planes, pronunció la deseada petición matrimonial, en una palabra: condujo sus amores por el terreno viable.

D. Abundio al oír las pretensiones del pollo, se sintió también transportado al quinto cielo de la dicha.

Todos eran felices.

III.

Los comentarios que al llegar á su casa hicieron Casimirita y su papá, fueron innumerables.

Pero todos venían á converger en una conclusión: debían aceptarse las pretensiones de Tragaluces, por cuanto era un joven muy fino, elegante, educado y que hasta pronunciaba mal el español, seguramente porque estaba habituado á hablar idiomas extranjeros. Ciertamente que no tenía carrera, ni oficio conocido, pero en cambio su papá era una persona muy conocida que ocupaba una posición brillante y que no podía menos de tener dinero.

La idea, pues, del casamiento no encontró ningún estorbo. Casimirita y Pepito iban á unirse con el indisoluble lazo del matrimonio.

Algunas veces D. Abundio abrigó el intento de hablar con Pepito de intereses; pero no se atrevía; ¡como él no había preguntado nunca por el dote de Casimirita, era imprudente hablar de estos asuntos! Además él gastaba, se presentaba en todas partes con tanto boato...

Los padres de Pepito aceptaron también con júbilo la idea de casarle. Así, según decían, cambiaría de vida y además, dadas las condiciones de la familia de Casimirita, no había nada que oponer, antes al contrario, felicitábal se de corazón por el buen acuerdo de su hijo.

ADOLFO F. FERRANDO.

(Se continuará)

(1) A la hora de entrar en maquina el presente número no hemos recibido la *crónica* de nuestro excelente amigo y compañero Royo y Villanova.

NOCHE TRÁGICA



El niño se moría. Cuando llegó la noche y se cuajaron las palideces de la criatura en dos rosetones sobre los pómulos, Ponzano se espantó de lo que sobrevenía, pero comprimió con esfuerzo enérgico su turbación en la hondura del pecho y calló.

Frente al fuego de la chimenea estaban los tres: Ponzano, con las rodillas encogidas, sosteniendo al pequeño junto a la lumbre abrigado en un mantón; la abuela á otro lado, mirando con la imbecilidad del débil que siente sobre sí algo tremendo, y la madre frente á Ponzano, silenciosa, con el rostro desencajado por la pesadumbre de muchas noches de vela.

Digo que llegó la noche, sombría, opaca, como nunca triste para aquella casa, y con ella un á modo de esfuerzo vigoroso en el ronquido del niño, más perceptible que antes, como si los obstáculos de la garganta hubiesen cedido á la fatiga.

Ponzano sabía lo que era aquello porque se lo había dicho el médico. Es una cosa formidable el momento en que la ciencia se encoje de hombros y dice: no puedo. El problema de la vida se presenta con aterradora oscuridad entonces, y resulta que todo lo que dicen los libros es mentira.

Sí, mentira. No había en aquella salita baja más verdad que aquella personita que se moría, que atría de vez en cuando ansiosamente los ojos, y que ponía en el ánimo de Ponzano un miedo horrendo cuando pensaba que aquella podía ser la última vez...

Dormitaban las dos mujeres, bien ajenas de lo trágico del momento. El silencio de la salita parecía escuchar el único ruido, aquel ronquido cada vez más tenue, y Ponzano miraba absorto, con algo de embrutecimiento en los ojos, la lumbre. Hasta la llama tenía para él en aquella noche no sabía qué reflejo melancólico. Lamía perezosamente la pared negra del hogar desconchando el hollín; los troncos se retorcian silenciosamente unos sobre otros.

No supo aquel hombre cuanto tiempo estuvo así, bebiendo con los ojos la melancolía de la lumbre y con los oídos aquel ronquidito del pecho del niño, pero de-

bió ser para él una eternidad. De pronto, en aquel silencio, se hizo un silencio mayor, como si se hubiese refugiado en la penumbra de los rincones. El ronquido de la criatura se había apagado de golpe, bruscamente. Ponzano levantó suavemente el mantón y miró...

La hilacha de energía que le quedaba se rasgó é hizo polvo. Le dió un frío horrendo ver los ojos de la criatura medio abiertos, fijos, inmóviles, con la inmovilidad melancólica del agua muerta en un pozo, y su boquita entreabierta también, mojada por la espumilla arrastrada por el último suspiro. Como una de aquellas chispas fugitivas que subían por la chimenea, pensó Ponzano que tal vez se había engañado y con doloroso mimo metió la mano por bajo de la envoltura hasta llegar al corazón.

Nada. El centro de la vida estaba silencioso. El niño había muerto.

Con indecible espanto miró Ponzano á la madre que seguía dormitando. ¿Cómo decirsele á aquella mujer, enferma del corazón? Podía ser, seriaseguramente, una puñalada de la fatalidad. Ponzano calló y envolvió más aún al niño.

Cuando rompió la primera luz de las alturas, esa primera luz tan triste del amanecer, despertaron las dos mujeres.

--¿Y el niño?

--Duerme --dijo Ponzano --Vete á descansar un poco.

La madre quiso verle. ¡Hacia tanto tiempo que el niño no dormía! Ponzano se negó, casi brutalmente, y miró á la abuela con mirada tan elocuente, tan relampagueante de verdad, que la vieja vió todo de golpe, se acongojó primero, se rehizo luego, y cogiendo á su hija, se la llevó de allí.

Cuando Ponzano sintió que su mujer se acostaba, solo en la salita, dejó al muertecito sobre un sofa, le cruzó las manitas pálidas, se sentó junto á la lumbre y soñolozó con hondísima amargura, con ansia de echar de sí la pesadumbre de aquella trágica noche.

Con el primer rayo de sol fueron á buscar al niño. Ponzano le vió alejarse como un puntito blanco, y desaparecer, y fué en busca de su mujer que aún dormía. Al pasar frente al espejo se detuvo en seco, clavado por lo que vió en sí.

El desdichado tenía blanco el cabello. La amargura de aquellas horas se le había llevado, con un pedazo del corazón, la risueña juventud de la cabeza...

FEDERICO URRECHA.

DONDE ÉL ESTÉ

Murió siendo aun muy joven Rosalia, y era tanto el poder de su hermosura, que satisfecho Dios, se sonreía viéndola ante él en la celeste altura.

--¿Has sido buena? preguntó; y bajando los ojos, dijo la mujer: --Yo buena?... Creo que sí; pero de cuando en cuando, de unos afanes delirantes llena, me sentía impulsada á ese mundo en que viven los placeres; pero, después de todo, no hice na la que no hagan de continuo las mujeres...

--Vamos: --¿tal vez un novio? Eres tan bella que tuviste que ser solicitada.

Yo también te he escogido para estrella...

¿Qué extraño es, pues, que al verte

te quisieran los hombres para esposa?...

¡Por sabido se calla que una hermosa

abajo y en el cielo hará su suerte!

Cuéntame los azares de tu vida,

que yo tan sólo la maldad condeno

y lo que es como estés arrepentida,

yo te disputo como el sér más bueno.

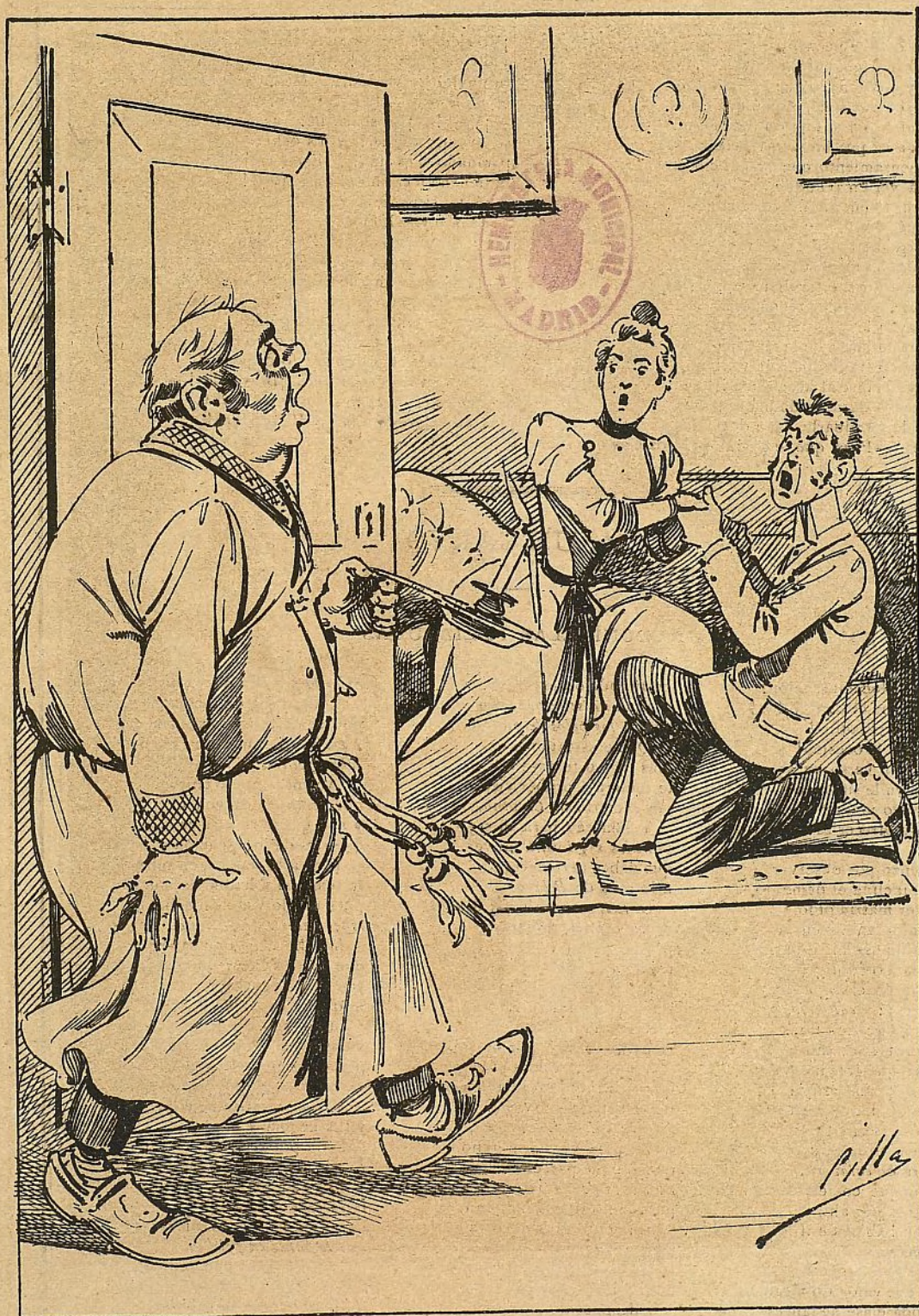
--Pues bien, --dijo la joven, -- francamente,



Mecachis

—¡Qué frío, Domingo!
—Calla, Marusa: ¿no dicen que el hielo tiene capas?
—Eso dicen.
—Pues... agáchate y escarba, á ver si encontramos
aunque sea una mala manta.

TÉCNICISMO DE PINTURA, POR CILLA.



Un efecto de luz.

yo creo que he pecado,
pero no mortalmente,
y le voy á contar lo que ha pasado.

Empecé por soñar no sé que cosas
que á mí se me antojaron deliciosas,
y entregada, por fin, á esa pelea
de un pensamiento que en el ocio vive,
aspiré á ver en realidad la idea
que en un sueño de fiebre se concibe.
—¿Y qué más?—Poco más: que un primo mío
se encargó de llenar aquél vacío;
me habló de un porvenir todo alegría,
y en vez de despertar de mis quimeras,
con aquellas palabras hechiceras
sentí mayor letargo todavía.
Olvidé mi oración de la mañana
por estarle esperando en la ventana,
y la que siempre al acostarme hacia
la empezaba después de mala gana...
y antes de terminarla... me dormía.
—Sigue...—Pues, que le amé...—¿Nada más que eso?

¡Yo siempre temo que el amor es vena
y olvideis la virtud!... ¿Te dió algún beso
tu novio? La verdad...—Me dá vergüenza
el confesarlo... Pero, en fin... Confieso...
—¡Vaya!... ¡Lo sospeché!... ¡Siempre el Tenorio
socavando el poder y los deberes!
¡Cuidado si es afán!... ¡Estas mujeres
le tienen un cariño al purgatorio!...
—¿A tal sitio, Señor, se me condena?
—Es la ley.—Bien está... ¿No me redimo
por mi pureza?—No... Breve es la pena:
hasta que él vaya allí.—¿Quién?—Pues tu primo.
—¿Tan pronto ha de morir?—Corta es la vida.
—Y ¿al purgatorio irá?—Su torpe anhe-
lo tal castigo merece. Tú enseguida
saldrás de allí para venir al cielo...
—Algo dura es la ley que lo dispone...
¡Salir yo cuando él entre!... ¡Brava idea!—
Lo que es, Señor, en cuanto yo le vea...
¡que no salgo de allí... y V. perdone!

LUIS DE ANSORENA.

A UN CALVO

REDONDILLAS PELIAGUDAS

Blanco y luciente melón!
¡Luna que en el lleno brilla!
¡Cabeza de peladilla!
¡Retrato de la ocasión!
Si oyés en verso mi salva,
no te aturulle su trueno;
que canto lo malo y bueno
que puede ofrecer tu calva.

Comienzo por observar
que si te inclina el demonio
á contraer matrimonio,
tu esposa no vá á medrar,
puesto que su bien diario
será, viviendo contigo,
sufrir el doble castigo
de tener cruz y calvario.

Ya vistas un rico traje
ó ya tu miseria esombre,
nadie dirá que eres hombre
de buen ó de mal *pelaje*.

Muchos te harán un tronera,
fundándose para ello
en que ven sobre tu cuello
la muestra de *calavera*.

Mas aunque cometas males
y murmuren por ahí,
no podrán hablar de tí
con tus *pelos* y señales.

Asustarás á la gente,
por más que valor no alcances;
que en toda clase de lances
harás ver que eres valiente;
si el miedo te descoyunta

en tí nada observarán;
porque *no se te pondrán
nunca los pelos de punta*
Que eres católico opino;
mas, quien te pase revista,
te tomará á primer vista
por sectario de *Calvino*.

Y tambien para su sayo
pensará alguno, á mi ver,
que debes pertenecer
á la raza de *Pelayo*.

Si vas, por no hacer desaire,
á una broma, riararás;
porque tú nunca podrás
echar una cana al aire.

Si no despliegas tu labio
por no mostrar tu torpeza,
al ver tu monda cabeza
te han de tomar por un sabio.

Y aunque es cosa averiguada
que al estudio no te avienes,
nadie negará que *tienes
la cabeza despejada*.

Y podrá afirmar alguno
que aunque pareces un lelo,
no tienes de tonto un pelo...
porque no tienes ninguno.

Si alguno no simpatiza
contigo, y si tu, imprudente
le insultas, impunemente
podrá darte una paliza;

y después del atropello
jurar podrá en cualquier parte,
que no ha llegado á tocarte

ni la punta de un cabello.

Todo te ha de incomodar
porque de bilioso excedes,
y en fin, porque tu no puedes
echar pelillos al mar.

Además... pero chitón,
que ya tu ira provoqué
y aun qué te ries, se vé
que ries de indignación

Y yo á tu lengua, en mi mengua,
la temo, si á hablar la mueves;
pues por lo visto no debes
tener pelos en la lengua.

Mas he llegado á saber
que quieres encabellar,
y te voy á aconsejar
lo que te conviene hacer.

Si por tener pelo sudas,
para con él pronto verte,
procura siempre meterte
en cuestiones *pelíagudas*.

Y para servirte de ellos
y tus negocios hacer,
afánate por *coger
la ocasión por los cabellos*.

Los asuntos más sencillos
mira detenidamente;
pues será muy conveniente
que te pares en pelillos.

Y si ese afán que denotas
no consigues, con presteza
dale un baño á tu cabeza
con aceite de bellotas.

Y al morir así exclamar

podrás muy envanecido:
—En mi vida, solo ha sido
mi descanso el *pellear*.
Tal vez el pelo te atienda;

pero, en tanto, por ahí
haz males, para que así
todo el mundo te reprenda,
Y aunque te rompan la nuca...

tenlo por bien sin igual:
¡Que al fin no te vendrá mal
que te den una *peluca*!
GENARO GENOVÉS.

Una sesión en el cerebro



Todas nuestras inclinaciones y todas nuestras aptitudes tienen en el cerebro su órgano propio.

El temperamento ó temperamentos, ó sea la constitución de cada individuo, es la fuerza motriz del cerebro.

Este recibe las primeras materias por medio de los sentidos.

Un hombre dotado de la constitución más favorable, con el mayor cerebro posible, con todos los órganos cerebrales bien equilibrados, pero sin sentidos, sería completamente imbécil.

He aquí un ejemplo de las funciones del cerebro, que demuestra palpablemente esta división para cada una de nuestras facultades ó aptitudes y para cada una de nuestras inclinaciones.

Un amigo nos pide de palabra

cuatro duros.

Por medio del oído, el cerebro recibe la primera materia y por lo general en operaciones ó elaboraciones de esta clase toman parte la eventualidad, la adquisitividad, la benevolencia, la secretividad, la conservatividad, la firmeza, la adhesividad, la concienziosidad, la veneración, la filogenitura, la imaginación (1) y la razón (2).

Preside la *Razón*. Tiene la palabra la *eventualidad* (memoria de los hechos).

La *eventualidad*.—En mi libro de memorias consta que hay en caja setenta y cinco duros; que se han de pagar veinticinco mañana; que no se ha de cobrar un real hasta el día de la nómina, y falta medio mes; que se gastan ahora de tres á cuatro duros diarios; que han ocurrido muchas desgracias y necesidades imprevisitas que no han podido satisfacerse. Consta que se han prestado muchas cantidades que no han podido hacerse efectivas. Consta también que se prestaron cinco duros á un individuo que los devolvió al día siguiente y facilitó dos mil reales un día de apuros graves.

La *imaginación*.—Entra en consideraciones sobre el dinero, la sociedad, Dios, etc. No toma parte en la discusión y sigue funcionando.

- (1) Maravillosidad, idealidad y sublimidad.
(2) Comparatividad y causatividad.

La *adhesividad*.—¡Que se entreguen los cuatro duros! ¡es un amigo!

La *benevolencia*.—¡Aunque no lo sea!

La *filogenitura*.—¡Tal vez necesita ese dinero para sus hijos!

La *aprobatividad*.—¡Que lará contento, y de todos modos, aunque no los devuelva, pagará en elogios!

La *eventualidad*.—Consta que ha habido muchos desagradecidos.

La *concienziosidad*.—¿Merece este favor?

La *secretividad*.—¿Puede ser provechoso el entregar los cuatro duros?

La *conservatividad*.—Este dinero...

La *eventualidad* (*interrumpiendo*).—Se ha preguntado si merece este favor. Consta que lo merece. Se le deben varias atenciones que importan algo más de cuatro duros.

La *concienziosidad*.—¡Que se entreguen inmediatamente!

La *conservatividad*.—Decía que este dinero puede alimentarnos, apagar la sed, abrigarnos, procurarnos médicos y medicinas, en caso de enfermedad; muchas veces hemos expuesto la salud por carecer de cuatro reales para pagar una carrera en coche.

La *secretividad*.—Yo he preguntado si el prestar los cuatro duros ahora, puede ser provechoso el día de mañana.

(Por medio del sentido de la vista, el cerebro adquiere el aspecto del solicitante).

La *adquisitividad* y la *conservatividad*.—¡Está muy tronado!

La *secretividad*.—¡Mucho ojo!

La *concienziosidad*.—¡El que esté tronado es una razón más para que se le conceda lo que solicita!

La *adhesividad*.—¡Vivimos en sociedad para sernos útiles los unos á los otros!

La *veneración*.—¡Lo manda Dios!

La *secretividad*.—¡Y dá ciento por uno!

La *conservatividad*.—¡Pero no paga al contado!

La *veneración*.—¡Qué se escriban esas palabras!

La *firmeza*.—¡Yo he decidido no prestar dinero á nadie!

La *concienziosidad*.—¡Únicamente puedo decir, no dar nada, al que no admite nada!

La *adhesividad*.—¡Ni aun así! El que vive en sociedad, por este solo hecho, está obligado á ser útil á sus semejantes.

La *razón*.—Queda terminado este incidente.

Considerando que al solicitante se le deben muchas atenciones que importan más de cuatro duros; considerando que la cantidad no es de importancia; y considerando que vivimos en sociedad para sernos útiles los unos á los otros:

¡Que se entreguen inmediatamente los cuatro duros!
Se levanta la sesión.



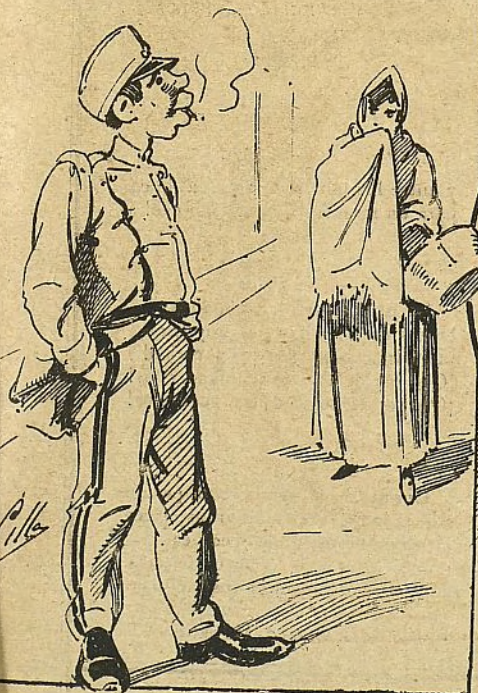
—Pero Vd. ¿qué siente?
—No podría decirlo: estoy... así... destemplado.
—¡Ah! pues entonces á quien debe V. ir á ver es al afinador.



Brevas de á duro.



Diez cigarrillos cinco céntimos... y gracias.



Dei que li trai «aquella»



Del que fume su papá.

La adhesividad, la benevolencia, la veneración, y la concienziosidad no caben en sí de alegría; la conservatividad se tira de los pelos que tiene á su alcance.

Y la imaginación, sigue sus consideraciones, sobre el dinero, la sociedad, Dios, Manuel Girona, Prou-

dhon, la dinamita etc., etc., y sigue funcionando.

Y la eventualidad levanta acta de todo lo ocurrido en esta sesión que ha durado siete segundos.

ALBERTO LLANAS.

LA VOCACION

I

Al bueno de Perico,
le tiraba la iglesia desde chico,
según su pobre madre, que, inocente,
á misas y sermones lo llevaba,
y, como era católica ferviente,
se le caía de placer la baba
viéndole orar humilde y reverente.

Al poco tiempo, su mayor encanto
era verle oficiar de monaguillo;
pero él, que parecía tan sencillo,
tenía más de pillo que de santo,
lo cual quiere decir que era muy pillo;
pues con suma destreza,
llevaba á tal extremo la limpieza
que limpiaba de cuartos el cepillo.

Entre otras mil y pico de marrullas
en que le hacían sus compinches coro,
cuando jugaba al toro,
convertía en capotes las casullas.

Era maestro en la difícil ciencia
de apurar vinajeras á hurtadillas,
y al nudar el misal, por reverencia,
daba al altar un quiebro de rodillas;
y más alegre que unas castañuelas,
miraba de reojo y sonreía

á dos ó tres chicuelas
que estaban en la iglesia todo el día,
por llamar la atención del rapavelas.

En tanto que su madre, muy gozosa,
lo menos se creía
que era un santo varón, y que sería
Obispo con el tiempo... ó cualquier cosa.

II

El chico fué á parar á un seminario;
pero apenas le dieron vacaciones,
le pidió relaciones,

por pura vocación, á una Rosario.
Accedió la muchacha á sus deseos,
y desde aquel instante,
el bueno... digo, no: el mal estudiante,
ahorcó la teología y los manteos.

III

Cuando le fué á pedir consentimiento
y á anunciar á su madre el casamiento,
¿«Es decir, que me habías engañado?»
gritó amenazadora:
¿«No te tira la iglesia, dí, taimado?»
¿«Qué me dices ahora?»
—«Que me tira la iglesia, sí, señora,
pero es por otro lado.»

FRANCISCO CAPELLA

DISTRIBÚYELOS

Así me gustan, morena mía,
tan hechiceras como tú eres
y rebosando sal y alegría...
¡Olé la gracia que Andalucía
pone en los ojos de sus mujeres!

Esas pupilas idolatradas
son el origen de mis delicias
y de mis frases apasionadas.
¡Bendita seas! ¡Si tus miradas
no son miradas, que son caricias!

Pues... ¿y la boca? Celos provoca
y al beso incita y el beso atrae...
¡Quién fuera frase que pasa, toca,



y entre los labios de aquella boca
para un momento y ardiente cae!

Imperceptibles, disimulados,
en tus mejillas hay dos hoyuelos
tan admirables, que ¡ni soñados!
¡Qué par de hoyitos de mis pecados!
¡Qué par de hoyitos de mis desvelos!

Guardo hace tiempo con pasión
sólo para esos tres maravillas [oca
miles de besos; toma y coloca
tanto en tus ojos, como en tu boca,
como en los hoyos de tus mejillas

JOSÉ CAMPO-MORENO.

LOS AMORES DE CLOTILDE

A la distinguida actriz, Doña María Tubau de Palencia

En el cuarto de Clotilde, primera actriz de uno de los teatros más importantes de la capital, se reúnen todas las noches hasta media docena de amigos. La tertulia dura casi siempre tanto como la representación, pero tiene algunas soluciones de continuidad. Cuando la actriz necesita cambiar de traje, se dirige á sus tertulios con sonrisa graciosa y ojos suplicantes:

— Señores, ¿me dejan ustedes un momentito?... Un momentito nada más.

Todos se salen al saloncillo y aguardan con paciencia. Me he equivocado: no todos, porque el más joven de ellos, que estudia hace tres años el doctorado de medicina, aproxima la ocasión y va á dar una vuelta por los bastidores, á estirar un poco las piernas y á pescar algún beso descarriado. Pero en fin, la gran mayoría espera, paseando ó sentada, á que Clotilde entreabra la puerta y asomado su cabeza de reina ó de villana, según el papel que va á representar, les grite:

— Adelante, caballeros... ¿He tardado mucho?

Para D. Jerónimo siempre. Es el último que sale refunfuñando y el primero que entra en el cuarto. No acaba de transigir con esta púdica costumbre, y aun que no se atreve á expresarlo, allá en el fondo de su pensamiento encuentra poco cortés que se le eche de su asiento para que aquella mocosa se vista: ¡á él, que hace treinta años pasa la vida entre bastidores y ha sido el íntimo de todas las actrices y actores antiguos y modernos!

Tiene cincuenta y cuatro años, y es empleado en el ministerio de Ultramar desde los veinticinco. Todos los gobiernos le han respetado como una rueda indispensable de la maquinaria administrativa de las colonias: soltero y maritir de las patronas. Allá en su juventud se cuenta que escribió un drama que le valió una silba y la entrada por toda la vida en el escenario de los teatros. Resignado ó no resignado con el fallo del público, dejó de escribir dramas y adoptó el noble papel de protector de actores y artistas desconocidos y de empresas arruinadas. El joven provinciano que llegase á Madrid con un drama en el bolsillo, no podía emprender camino mejor para verlo representado que el de la casa de don Jerónimo. Todo lo acogía con los brazos abiertos, malo y bueno. Sin embargo, como era asaz rudo y brusco en su modales, no escatimaba á los autores noveles que se confiaban en él y le leían sus producciones, las censuras fuertes y hasta los insultos: — «Toda esa relación es puro farrago; eche usted tinta sobre ella. — Pero venga V. acá, alma de Dios, ¿cómo quiere V. que un hombre que está á punto de matar á otro, suelte diez y siete décimas sin respirar! — ¡Jesús, qué disparate! ¡amor platónico á una prostituta! ¿usted se ha caído de un nido, joven!» El que entendía un poco la aguja de marear, no se incomodaba, seguía adelante y al terminar depositaba el manuscrito en manos de D. Jerónimo. Y era bien seguro que el drama se ponía en escena. El veterano de los bastido-

res ejercía mucho ascendiente, con ribetes de miedo, sobre empresas y cómicos: cuando se incomodaba tenía una lengua... si el drama era silbado, protestaba lleno de ira contra el juicio público y seguía protegiendo con más fuerza al autor. Si lograba buen éxito, callaba y sonreía voluptuosamente, pero no volvía á acercarse al poeta aplaudido. Cuando éste se quejaba de su desvío, respondía: «Usted ya ha demostrado que tiene alas; vuele V., amigo mío, vuele V., que yo tengo que soltar á otros pobrecitos».

Su vida privada ofrecía muy poco de particular. Todas las noches al salir del teatro se iba al café Habanero, donde cenaba constantemente un *beefsteak* con una chica de cerveza. Y, según cierto amigo que le había observado repetidas veces, cambiaba siempre su refacción con tal arte, que había de concluir forzosamente comiendo el último bocado de carne, el último de pan y el último sorbo de cerveza.

Esta noche la tertulia se presenta muy animada. Los amigos de la actriz charlan y ríen más que de costumbre. Don Jerónimo, embozado en su capa (es privilegio,) arrellanado en el sillón de la esquina y con un empuernido cigarro en la boca (es privilegio también), deja escapar famosos chistes que á veces obligan á los tertulios á dirigir la vista hacia Clotilde y á colorearse levemente las mejillas de ésta. Don Jerónimo no lo echa de ver; la ha conocido tan niña, que se cree con derecho á prescindir de ciertos miramientos debidos á las damas; suponiendo que se los haya tributado en su vida á alguna, que no lo creemos. La ha conocido muy niña y la ha encaminado al teatro: cuando tropezó con ella vivía muy estrechamente aprendiendo el oficio de florista: hoy, merced á su talento, gana lo bastante para mantener con decoro á su madre y sus hermanas.

Es agraciada y simpática más que he mosa; la tez morena, los ojos rasgados y negros, lo más bonito de su rostro; la boca un poco grande, pero fresca, con dentadura admirable. Esta vestida de dama del tiempo de Luis XV, con una peluca blanca que le sienta á maravilla.

No toma parte apenas en la conversación. Parece satisfecha con escuchar solamente, girando sin cesar sus ojos serenos de uno á otro interlocutor y sonriendo á menudo cuando se dirigen á ella.

Al llegar á cierto punto, se oye la voz del transpunte.

— Señorita Clotilde, cuando V. guste...

— Vámonos allá — dice levantándose.

Se dirige al espejo, se dá los últimos toques á las cejas y pestañas con el pincel, arregla con mano un poco nerviosa los tirabuzones de la peluca, la cruz de brillante que lleva al cuello y los pliegues del vestido. Sus amigos guardan un instante silencio y contemplan estas maniobras distraidamente.

— Señores, hasta luego.

Y sale del cuarto seguida de su doncella, que le lleva recogida la cola, una espléndida cola de raso color crema.

— ¡Cada día va estando más linda esta Clotilde! dice el estudiante del doctorado, dejando escapar un imperceptible suspiro.

D. Jerónimo da una enorme chupala al cigarro y queda envuelto instantáneamente en una nube de humo. Por eso nadie advierte la sonrisa de triunfo con que acoge la observación.

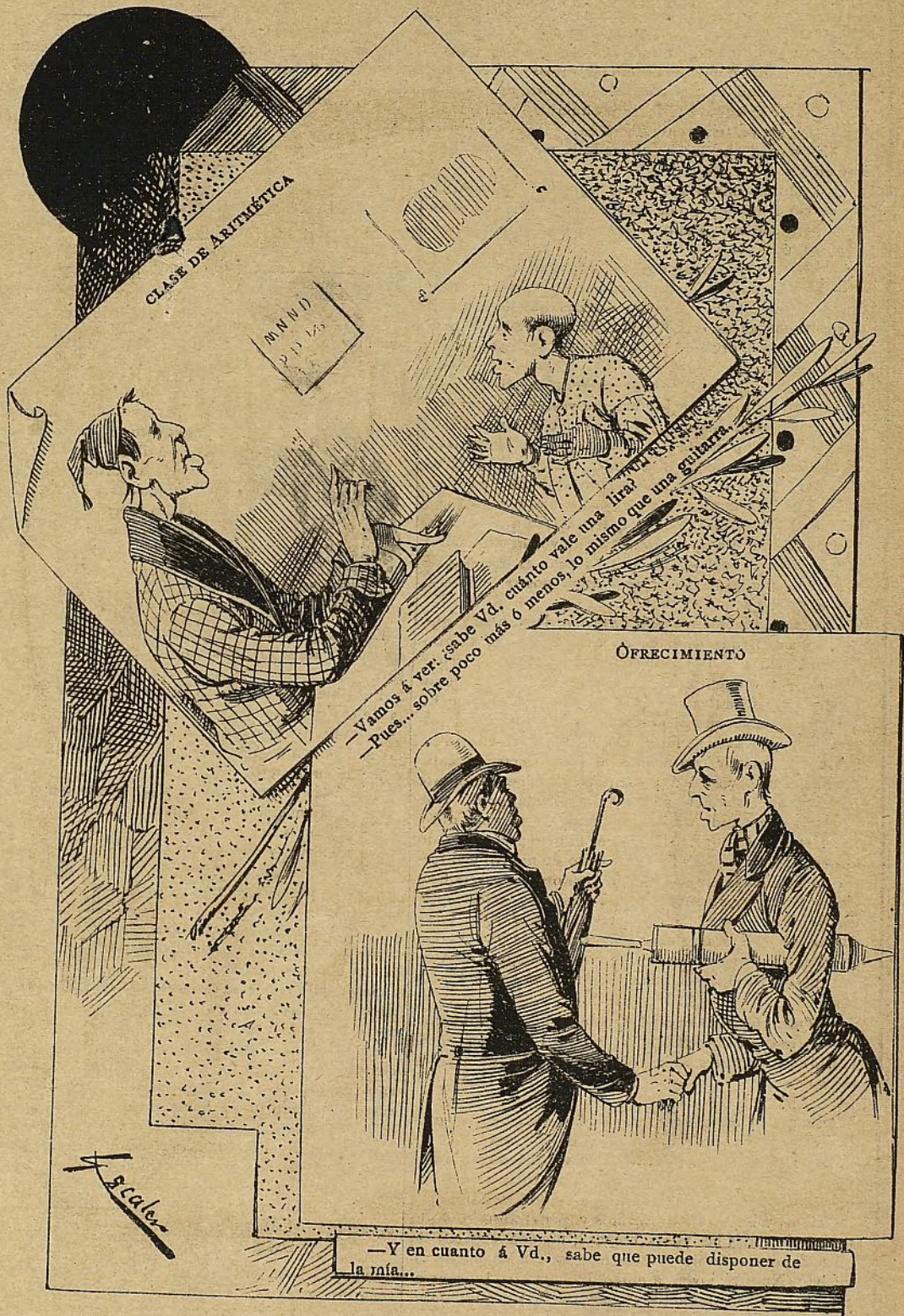
— A mí también me parece más bonita cada día — dice otro tertulio — pero creo que se ha modificado

INSULTO, POR ESCALER



—Yo le llamé bruto, bolo...
—¿Y él no se enfadaba?—No;
mas le llamé *mako-lolo*
y entonces se incomodó.

CABOS SUELTOS, POR ESCALER.



mucho su genio de algún tiempo á esta parte... Usted, pollo, no la ha conocido como nosotros... Era una loquita encantadora, ¡tan alegre! ¡tan traviesa!... Nadie podía estar á su lado de mal humor... Ahora la encuentro grave, triste casi siempre...

—Es verdad que me ha chocado la melancolía que hay en sus ojos...

D. Jerónimo dió otra enorme chupada al cigarro. Nadie vió el relámpago de ira que pasó por su rostro.

—Estos cambios, pollo, solamente los opera el amor.

—¿Algún novio?

—Eso... D. Jerónimo conoce bien la historia...

—Voy á contarla—dijo sordamente aquél desde el fondo de su embozo—y crean ustedes que no es plato de gusto contar estas niñerías... Pero se trata de una chica á quien todos queremos y cuanto á ella se refiere debe interesarnos.

Ha á cosa de tres años, se presentó al director de este teatro un joven elegantemente vestido, con el manuscripto de un drama bajo el brazo. No hay nada en el mundo más imponente y aterrador que un joven bien vestido que lleva debajo del brazo el manuscripto de un drama. El director procuró escurrir el bulto, le dió algunos quiebros con maestría y varios pases, pero al fin fué cogido en la misma cuna; quiero decir, que el joven le convidó un día á almorzar, le llevó engolosinado, ofreciéndole la perspectiva de unas cuantas docenas de ostras empapadas en Sauterne y como postre le descerrajó el drama á quemarropa.

El drama era efectivamente *un tiro*. Pepe hizo lo que usted saben que se hace en estos casos: se admiró profundamente de la versificación; dijo ¡bravo! al llegar á ciertos pensamientos enrevesados y por último propuso algunas reformitas en el acto segundo, con las cuales quedaría la obra que ni pintada.

El poeta incauto se fué á su casa muy complacido y se puso á trabajar con ardor en las reformas. Al cabo de quince días volvió á presentarse á Pepe; pero éste halló entonces el acto primero un poco lánguido y le aconsejó que á todo trance le diera más movimiento y lo acortase un poquito. En mover el acto primero tardó el poeta un mes. Cuando se presentó de nuevo, el director, mostrándose muy admirado siempre de la versificación y de algunos pensamientos, manifestó ciertas dudas respecto á que la obra fuese *teatral*. Que fuese *literaria* no tenía ninguna, al contrario, le parecía que en ese concepto podía competir con las mejores de Ayala... pero *teatral*... realmente *teatral*... eso ya era otra cosa.

—¿Qué diferencia es esa D. Jerónimo?... No entiendo..

—Pues se la explicaré á V., pollo. Llamamos entre bastidores, teatrales á las obras buenas y literarias á las malas.

—¡Ah!

Después de manifestar estas dudas, concluyó por proponer otras cuantas reformitas en el acto tercero.

Al fin el poeta comprendió, cosa verdaderamente maravillosa, porque los poetas que todo lo comprenden, que saben por qué vuela tanto el condor, ascienden á los cielos y bajan á los abismos y penetran el sentido íntimo de todas las cosas creadas, no son capaces de entender que sus obras á veces no gustan á los que las escuchan. Nuestro joven, á quien llamaremos Inocencio, recogió, no poco mohino, su manuscripto y estuvo algún tiempo sin dar cuenta de sí; mas al fin, sin duda después de haber meditado profundamente, se presentó

cierta mañana en casa de Clotilde. Excuso decirles á ustedes que llevaba el manuscripto debajo del brazo.

(Continuará)

ARMANDO PALACIO VALDÉS

El amor y la ortografía



El Amor y la ortografía son dos enemigos mortales.

Entiéndase que esto está escrito en España.

Desde la que pesca en ruina barca hasta la que pesca en brillante salón, las mujeres españolas tienen todas una cualidad característica. Cuanto más aman, peor escriben.

Apelo al testimonio de todos los enamorados de España.

¿Quién será el que no tenga en un rincón del cajón de su escritorio, un paquetito de cartas atadas con un cordón, é ilustradas con el retrato de la autora?

Estoy seguro de que todos mis lectores del género masculino tienen ó han tenido alguna vez ese paquetito.

Pues bien, yo voy á atreverme á publicar alguna carta de ese paquete.

Si en él no hay ninguna que se parezca á alguna de las que voy á copiar, autorizo al lector para que me deje por embustero.

Todas las mujeres sienten bien y escriben mal, pero cada una tiene su estilo propio.

Supongamos que se trata de una dama cuya ortografía es perfecta, y que desea conceder una pequeña audiencia á un embajador cerca de su corazón.

«Luis á pesar de espónerme á que V. me juzgue desfavorablemente accedo á su deseo mañana á las cuatro y media y adios silencio Elvira hoy 7.»

La carta está bien escrita, pero no tiene ni un punto ni una coma. —(Estilo seco).

Supongamos que se trata de una mujer de treinta y tantos años, que ama por la trigésima vez, lo cual casi equivale á pasión por año.

«Eduardo mío. No sé cómo explicarte el disgusto que tengo con tu carta de ayer. Soy tan desgraciada que no me sorprende el tener penas, pero mi desgracia es mayor cuando tú me haces pensar en lo desgraciada que sería si no me quisieras. Mi vida ha sido siempre tan triste, he sido tan desgraciada durante mi vida, que sin duda me aguarda la nueva desgracia de que me abandones; ven por Dios para que yo pueda calmar tu ira injusta, ven y no hagas llorar mas á tu desgraciada

Luisa.»

En esta carta, como en todas las de esta mujer, hay siempre lágrimas, recuerdos de desgracias pasadas, lamentos de desgracias presentes y presentimientos de desgracias venideras. —(Estilo húmedo).

Vamos á ver ahora una de las cartas de Casimira, muchacha apasionadísima, suscritora de Fernandez y Gonzalez, amiga de Santisteban, parienta lejana de algun señor que habrá sido alguna vez gobernador ó comandante general de alguna población de segundo orden, etc., etc.

«Amado Arturo mío de mi corazón y de mi vida, ayer no fuí á paseo pues vino una amiguita á quien no veía hace tiempo y la quiero mucho y lo sentí pues ya sabes el placer que tengo en estar á tu lado pues no me hallo sin ti. Perdóname, Arturo mío, pues no fué mia la culpa, sino de mamá pues ya sabes que una no puede hacer lo que quiere pues está una sujeta, adios pues y te quiere mucho mucho mucho»

CASIMIRA.

Esta carta, en la que hay siempre un *pues* ó dos tachados, es el modelo de diez ó doce mil que escriben otras tantas mujeres en España. El *pues* está tan sobrado en el escritorio de las mujeres de este país, que una carta de novia, sin esta palabra, no sirve. — (*Estilo corriente*).

Carta de una madreña, modista y ofendida:

«Cabayero: No creí que fuera uztez tan indiferente te pa la muje que le ha guerido como solo guiere una muje al hombre á quien á guien guiere y se lo sacrifica tó. Si algo con Serva mi coracón por ustéz es una indiferencia grande y el sentimiento de haberle de haberle guerido mucho en otro tiempo, entregará usté á la chica mis cartas y adios para Siem pre y olvide ustéz á su indiferente»

Pilar Sopete.»

Estas cartas llevan la primera semana una inicial por firma. Establecida la confianza, media firma. Iniciado el trueno, y roto el compromiso, firma entera.

Se distinguen por los borrones y la tinta muy blanca, por la abundancia de mayúsculas y por la naturalidad de la frase. Los insultos y los piropos están dichos con buena intención, y el papel suele ser de barbas — *Estilo llano*.

Ahora, pasemos á leer la carta de una jóven entregada á la poesía y al agua de Barcelona.

«Te escribo, amado mío, á esta hora en que la naturaleza duerme y el silencio parece decirme que consagremos ahora un recuerdo al ser amado. Mamá acaba de acostarse y he podido quitarme el tintero; no sabes tú amado de mi alma cuán *feliz* fui el otro día cuando *afimos* á dar un paseo por el balle con las de Zapata y tú que me llevabas del brazo y me repetías quemamabas y yo te lo hacía repetir á cada momento. La verde alfombra que pisábamos y los verdes árboles y aquella sombra incomparable hacían tal efecto en mi corazón que el balle me parecía un paraíso y no hubiera salido jamás de aquellos verdes con, torrenos. Yo estoy proyectando otra gira para el jueves que viene y espero que nos acompañarás y me repetirás lo que tanto quiero que me repitas y estaremos en aquella verde pradera cuyo murmullo tengo todavía en el alma adios amado mío te ama cada vez más»

Leonora.»

«P. D. Tus versos son *lindísimos* y ya me los sé de memoria. Adios piensa en Mí.»

Mujer novelesca, corazón no comprendido, alma apollada. — (*Estilo verdoso*).

Las anteriores cartas están todas comprendidas en el

género prolongado, es decir, son todas largas, aunque mal escritas.

Hay otras cuyo laconismo no deja de ser peor.

Ejemplos.

«Eres incapaz; no se como eres, yo no puedo estar así, me quieres ó no, yo no sé porque pero tú eres así y en fin ya lo sabes.» — (*Estilo griego*).

«Roman, Roman, ven pronto Roman mío, desde que estás en Roma padezco mucho, y Roman, no sé que que vá á ser de mí, adios Roman de mi alma.» — (*Estilo romano*).

«Infame, mis lágrimas correrán gota á gota sobre tu corazón, no tienes gota de sangre en tus venas ¿Vas á hacermé apurar la gota del cáliz?» — (*Gótico*).

«Querido esposo mío, tenemos un nuevo hijo; el cielo nos ha enviado anteayer el segundo fruto...» — (*Renacimiento*).

«Luis, estamos perdidos. Vicente me ha cogido tus cartas, no sabes tú lo que es Vicente para estas cosas; huye de Vicente porque quiere matarte, por Dios, huye de Vicente!» — (*Vicentino*).

La colección es muy larga, y copiarla toda fuera pesadez censurable.

Un escritor contemporáneo ha dicho que todas las mujeres tienen el mismo carácter... de letra.

Todos decimos al ver el sobre de ciertas cartas: — ¡Hola! ¡letra de mujer! Prueba de que la letra de mujer no se parece á nada.

Y por último, yo aseguro que si una mujer me escribe alguna vez con buena ortografía, me llevaré un solemne chasco y me parecerá cosa tan rara como bañarse en tina ó ir á los toros con sombrero de copa.

EUSEBIO BLASCO

CHIRIGOTAS

Sr. D. **Ignacio Guerola** ex-estimado ex-corresponsal mío, habitante en el *Kiosco de la Estación de Valencia*, buen sujeto, de proceder caballeroso, y fiel cumplidor de sus compromisos:

«Quiere Vd. saldar las cuentas que tiene pendientes con esta administración?»

(La contestación en el número próximo)

✱

A un hombre que es nombrado Juan Ladrón de Guevara (muy honrado) hale sido robado el otro día, al subir al tranvía, el reloj, por un pillo que se llama Hurtado de Valrama.

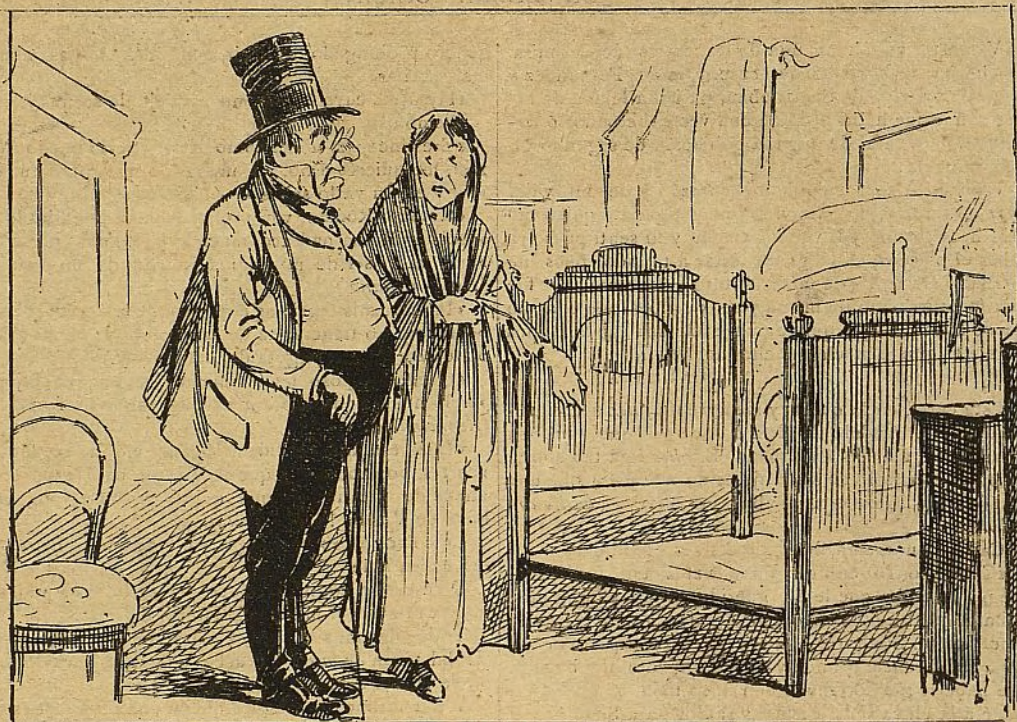
El Hurtado ladrón no ha parecido; pero el Ladrón hurtado preso ha sido.

Por esa razón, pues, y otras como esa, el cantor de Teresa, dijo: «... el nombre es el hombre y es su primer fatalidad su nombre.»

J. PUYOL BOSQUE

Imp. de Calzada é Hijo Arco del Teatro 9. (pasage).

DULCES RECUERDOS DEL PLACER PERDIDO, POR ESCALER.



—Me gusta entre todas
la de matrimonio...

¿Te acuerdas, Teclita?
—¿Te acuerdas, Antonio?



ANUNCIOS



CORRESPONSAL

exclusivamente encargado de la venta de

LA SEMANA CÓMICA

EN MADRID:

D. JULIAN RODRIGUEZ,

KIOSCO DE LA UNIVERSIDAD

PLAZA DE SANTO DOMINGO

donde expende también toda clase de libros, periódicos y objetos de escritorio.

UNICA CASA AUTORIZADA PARA LA VENTA,
SUSCRIPCION Y RECLAMACIONES

DE



LA SEMANA CÓMICA



EN LA ISLA DE CUBA

Sra. Viuda de Pozo e Hijos

GALERIA LITERARIA

Calle del Obispo, número 55, Librería.

HABANA.

LA SEMANA CÓMICA

PERIÓDICO LITERARIO, ILUSTRADO, FESTIVO.

VERTALLANS, 3, 1.º BARCELONA

Publica artículos y poesías de los mejores escritores y láminas de los más celebrados dibujantes.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Barcelona.	Trimestre.	1'50 ptas.
Fuera..	"	2'50 "

En Ultramar y en el Extranjero, fijarán los precios los señores corresponsales.

NÚMEROS ATRASADOS: DOBLE PRECIO

ADVERTENCIA.—Reimpresos todos los números agotados, en breve se pondrán á la venta colecciones de los dos últimos años, al precio de 8 pesetas para los señores suscriptores y 10 para los que no lo son.